

estos ó aquellos acontecimientos de la época en que florecía, el conocimiento de los hechos ajenos, todo, en fin, puede inducir á señalar como debidas á plumas de determinados escritores las producciones de la antigua literatura. Pero cuando esto no sucede, cuando á pesar de que se conozcan las colecciones y códices en donde se conservan semejantes producciones, se ignora por completo el nombre del autor, entonces es preciso acudir á otros medios para conocerlo, abandonando aquellas de lo contrario entre el inmenso cúmulo de composiciones anónimas.

He aquí lo que sucede cabalmente con las que reunimos en esta breve colección de *Dezires y cançiones del siglo XV*.

Las dos *Cançiones* y el *Dezir de un apasionado*, son poesías anónimas, pero que se encuentran entre otras del célebre Juan de Mena y del no menos famoso poeta Lopez de Zúñiga, en el manuscrito de la Biblioteca imperial de París, número 7819, que contiene numerosas rimas catalanas y castellanas del siglo XV.

El *Dezir d' amor* con que comienza la colección, y el *Dezir de las colores*, se consideran como anónimas igualmente, hallándose entre otras poesías de los no menos conocidos vates castellanos del siglo XV, marqués de Santillana, Alonso Alvarez de Toledo, en un precioso manuscrito de la misma Biblioteca imperial de París (número 7822), que contiene antiguas rimas castellanas.

¿Son, pues, anónimas estas poesías ó deben considerarse todas ó cada una de por sí como producciones de tal ó cual poeta castellano de la edad media? ¿Deberán atribuirse á los autores entre cuyas composiciones se encuentran, ó proceden de épocas anteriores sin tradición de la pluma que debió escribirlas? ¿Serán debidas todas á la brillante imaginación de éste ó aquel de nuestros antiguos poetas, ó fueron escritas por Alvarez de Toledo ó Juan de Mena, ó por el marqués de Santillana, Lopez de Zúñiga, Villasardino ú otros vates de su tiempo? Y, en fin, si en otras colecciones ora permanezcan inéditas, ora hayan sido dadas á luz, se atribuye alguna de las referidas composiciones á determinado escritor, ¿podrá considerarse como cierto, cuando en los manuscritos de la misma época que se conservan en la Biblioteca imperial de París, nada se dice del nombre de sus autores, permaneciendo anónimas desde el siglo XV?

Solo respecto del *Dezir de las colores*, hallamos que en el folio 126, vuelta, del *Cancionero de Baena*, que se conserva manuscrito en la misma Biblioteca imperial, número 2807, (publicado en Madrid en 1851, con notas y comentarios, por los señores Ochoa y Pidal). Se encuentra un *dezir* hecho por Pero Gonçalves de Useda, «como á manera de pleito et rrequesta que ovieron en uno los colores del paño verde é prieto é colorado, porfiando qual dellos es mejor.»

Pero las variantes en esta poesía son tantas, que aun viniendo á decir lo mismo que la que publicamos, casi á cada verso se varia el sentido, y nos queda la duda de cual de las dos poesías es anterior ó cual de ellas pudo dar motivo á la otra, si la anónima á la de Pero Gonçalves de Useda ó al contrario (1).

No solo es, pues, preciso verificar una comparación mi-

(1) Don Eugenio de Ochoa, al indicar la poesía *Dezir de las colores* en el Catálogo de los manuscritos españoles de las bibliotecas de París, le considera anónimo, (página 456).

nuciosa del lenguaje y de su ortografía y aun de los códices entre sí, sino que son necesarios mayores estudios para poder atribuir á ciertos y determinados escritores la producción de los *Dezires y Cançiones* que en esta breve colección reunimos.

Entretanto, las poesías que hoy publicamos, deberán continuar en la modesta consideración de anónimas por mas que algunas de ellas sean interesantes muestras del excelente estado que alcanzaba en el siglo XV la literatura castellana.

#### DEÇIR D' AMOR.

Esperança mia por quien  
Padeçe mi coraçon  
Dolorido  
Ya señora ten por bien  
De me dar el galardón  
Que te pido  
Que pues punto dalegría  
No tengo sy tu me dexas  
Muerto so  
Vida de la vida mia  
A quien contare mis queexas  
Sy á ty no.

Aquel Dios damor tan grande  
Que consuela los vençidos  
Amadores  
De mando asoluto mande  
Que fyeran en tus oydos  
Mis clamores  
Y la justa piedad  
Que a persona tan hermosa  
Perteneçe  
Incline tu voluntad  
Á mi vida dolorosa  
Que padeçe.

Aquel tanto desear  
Que façe ser porfiado  
Al amante  
Y no lo dexa mudar  
Y quanto mas es penado  
Mas costante  
Y lo que façe ser mustias  
A las amantes mujeres  
Medio muertas  
Te faga que mis angustias  
En señalados plaçeres  
Me conuiertas.

Aquel gran dolo que suele  
Ynclynar las mas esentas  
A mesura  
Te duela que sy te duele  
No puede ser que no syentas  
Mi tristura  
Do quicha podra naçer  
Que con la penada vida  
Que biuieses



Y viendo mi padeçer  
Tú misma de ty vençida  
Te vençieses

Torre domenaje fuerte  
Fortaleça que tan bella  
Nos parece  
Congoxa damor despierte  
Tu coraçon que syn ella  
Sa dormece  
O arco de flechas rraviosas  
Que my salud desesperas  
Sabe çierto  
Que sy todas estas cosas  
No te haçen que me quieras  
Yo soy muerto.

Escucha los mensajeros  
Que lleuan nuevas estrañas  
Que te harten  
Mis sospiros verdaderos  
Que marrancan las entrañas  
Quando parten  
Y tenpla la mi pasyon  
Con que yo te los envío  
Padeçiente  
Y syenta tu coraçon  
La graue pena quel mio  
Por ty syente.

Que sy no te veo muero  
Con la soledad que acusa  
La mi vyda  
Y viendote desespero  
En saber que no se escusa  
Mi partyda  
Entonçes syento vn plaçer  
rruelto con vn dolor  
Que mensaña  
Y quando quiero escojer  
Lo que pienso que es mejor  
Mas me daña.

#### DECIR DE LAS COLORES.

Uy estar fermosa vista  
Tres colores n' una flor  
E avian gran conquista  
Por qual era la mejor  
Demandaron jugador  
Qual lleuaria el prez  
E tomaron por juez  
Aquel que fuese el amor.

Otorgaron lo jugado  
Las colores todas tres  
Prieto verde y colorado  
Cada vna yua cortes  
Lleuauan en vn paues  
Escrita esta rraçon

SEGUNDA SERIE.—1864.

Señor oye esta intencion  
Cada vna que tal es.

Fablo luego lo colorado  
Con muy gran cortesya  
E muy bien aconpañado  
De orgullo e loçanfa  
Señor yo pongo alegría  
Mas que otra color  
E por tanto buen señor  
Meresco esta valia.

Ca sy es oro o plata  
A mi mucho perteneçe  
E la fina escarlata  
Sobre todo bien parece  
Do viste sy acaeçe  
El papa e lenperador  
Por quanto la mi color  
Jamás nunca defalleçe.

El verde fablo luego  
Vn poco obediente  
Mi señor yo vos rruego  
Que me deys este presente  
E vengase vos en miente  
Que so yo el mas loçano  
Prueuolo con el verano  
Con que plaçe a toda jente.

Las rrosas e las flores  
En mi façen naçimiento  
En mi cantan rruyseñores  
De cantares mas de çiento  
E yo fuy començamiento  
Del vuestro noble valor  
E por esto buen señor  
Vos aved conoçimiento.

El prieto fue a fablar  
Los ojos en tierra puestos  
Señor no me se loar  
Como se loan aquestos  
E yo no se façer jestos  
Gomo los enamorados  
Mas dotores e prelados  
Yo los fago ser onestos.

Muchos onbres rrelygiosos  
De mi façen cobertura  
E mucho mas omilldosos  
Que andan con gran cordura  
E que fablan con mesura  
Palabras muy graçiosas  
E por todas estas cosas  
Mia sea la ventura.

Desque ovieron acabado  
Las colores su rraçon  
El juez pues muy onrado  
E de buena condiçion

AÑO XXII. 26



Vy segun mi intençion  
Lo quentendí: vos dire  
Que todas por buena fe  
Mereçedes galardón.

Mas el ques tornadiso  
Mucho syerue en valde  
Ca sy pone apostiço  
La mujer el aluayalde  
E por esto al prieto dadle  
La onrra e tenençia  
Ca yo por mi sentençia  
Lo mando como alcalde.

#### DEZIR DE UN APASSIONADO.

Si por negra vestidura  
Es senyor que non vos vea  
Qual fué nunca mi librea  
Si no de negra tristura  
En pascua, solaç y fiesta  
En el gozo de plazer  
Siempre fué mi color esta  
Negro vestir se traher.

Por que mi dicha fué negra  
E yo sin ventura mas  
Mi fiesta viene detras  
Ninguna pascua me alegra  
Donde plazer se que fazen  
Sin plazer fuyo de alli  
Pocos plazerres me plazen  
Fuyendo plazer de mi.

Ninguno non sabe tanto  
De lo triste como yo  
Pues tristeza me cobryó  
Aquel su pesado manto  
Deleyte me quiere ver  
Mi tristura non le dexa  
Por pesar dexo plazer  
E contento tengo quexa.

Justo es vista mi vida  
De tanta contrariedad  
Conformar la veluntat  
Con la tristeza complida  
Tomando de negra carga  
E cargando de sofrir  
Sofriendo tal vida amarga  
Dolçura sera morir.

Si la puerta fuesse visa  
Que triste faç mirasse  
Tengo que non me dexasse  
Entrar en ninguna guisa  
Mas entre goçosa gente  
Vn triste bien passará  
Que viue cuytadamente  
E de tristura morirá

FIN.

Del triste que padesciente  
Es sempre fue y sera  
La triste letra presente  
Vuestra merced tomará.

#### CANCION.

De mi tan bien seruida  
A que me fazes guerra?  
Mira la mi vida  
Ya como se atierra

Assombrada de mirar  
Tamanya perfeccion  
Ha perdido el fablar  
Catiuandol coraçon.

A muerte es venida  
Sin fazer ninguna yerra  
Triste como vencida  
Es cayda por tierra.

Assi que sin otro danyo  
Es cosa cierto sabida  
Que peor es la partida  
Que muerte ni otro danyo.

#### CANCION.

A dios a dios buen amor  
Ques forçada mi partida  
Con tan sobrado dolor  
Que sera fin de mi vida.

No espero sino muriendo  
De ti mi alma partir  
Blasfemando y maldiziendo  
Mi desastrado vivir  
Porque fue consentidor  
Que fuesses de mi querida  
Con tan sobrado dolor  
Que sera fin de mi vida.

FLORENCIO JANER.

#### DEL EGOISMO Y SUS FATALES CONSECUENCIAS.

EL EGOISMO NO PUEDE PROPORCIONARNOS UNA VERDADERA DICHA.  
—LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ, ALEGORIA ORIENTAL.

Todas nuestras pasiones tienen indistintamente entre sí puntos de relacion y matices tan delicados, que el hombre repetidas veces pasa, sin advertirlo, de una pasion noble á otra viciosa y abominable. Con efecto, si damos rienda suel-



ta á la indignacion, esta se convierte en accesos de ira, siempre condenables; si nos abandonamos á un ardiente deseo de emulacion inmoderada, esta toma todas las formas de cierto espíritu de rivalidad ruin, y hace brotar en nuestro corazon los gérmenes de un odio eterno é inestinguible contra los que pueden disputarnos la palma que aspiramos á alcanzar. Si el amor paternal, que es lo que hay de mas suave y desinteresado en este mundo, se abandona ciegamente á sus impulsos, se convierte en idolatría dañosa á los mismos hijos, porque corre un velo á sus defectos, disculpa con demasiada indulgencia sus vicios y debilita la energía y el justo rigor que exige un buen sistema de educacion.

Pero entre todas las pasiones que abraja el hombre en su pecho, ninguna es tan peligrosa como el amor de nosotros mismos, que suele trasformarse insensiblemente en egoismo: pasion espantosa por sus tristes y fatales consecuencias, que sacuden el edificio de todas las virtudes morales é hieren de muerte á todo el cuerpo social. Vamos á esponer, pues, breve y sencillamente, las diferencias que median entre el amor de nosotros mismos y el egoismo.

El Ser Supremo ha estampado en nuestra alma la imagen muy viva del primero; y el Evangelio en tanto, cuyas palabras son infalibles y santas, cuando nos inculca como precepto amar al prójimo, se sirve de esta frase muy enérgica y significativa: *Amad á vuestros semejantes como á vosotros mismos*. Este amor, pues, está muy lejos de ser un vicio, y podemos afirmar, por el contrario, que sirve de base á la práctica de las mas esceltas de las virtudes, porque el que tiene el sentimiento de este amor se respeta á sí mismo, y evita todas las acciones que pueden perjudicarle. El hombre, que se deja guiar por este amor, desempeña con celo los cargos públicos, para que sus semejantes no le culpen de injusticia ó desacierto; si la Providencia le destina á vivir en el siglo, será un buen consorte y un padre ejemplar, porque le entristece la idea de que su familia y la sociedad censuren justamente su conducta; el hombre que tiene el sentimiento de este amor, lo pospone todo al bien de su patria, porque no quiere que le echen en cara que ha contribuido á sus calamidades. Estos ejemplos y otros muchos que omitimos por brevedad, nos ponen de manifiesto que el amor de sí mismo no solo ennoblece al hombre, sino que es como el astro alumbreador del día, que dá mayor viveza y colorido á los objetos que le rodean comunicándoles su luz. Pero, pasando ahora al segundo, esto es, al egoismo: si nosotros aspiramos únicamente á proporcionarnos una vida cómoda y regalada, y á satisfacer todos nuestros caprichos, sin reparar en los medios que empleamos para conseguirlo, y si adoptamos, como principio, que pueda guiarnos á la felicidad, que todos los intereses ajenos deben ceder el lugar á los nuestros, entonces el amor de nosotros mismos se convertirá en egoismo, vocablo de origen latino, que significa *yo únicamente*. Con efecto, el egoismo lo sacrifica todo á la idea de sus propias ventajas, y no conoce mas deber que el de llenar sus deseos. El egoista huella con mucha serenidad todos los derechos del hombre, y el amor hácia sus semejantes lo considera como un obstáculo á su bienestar, si le obliga á cumplir deberes que se le hacen molestos. Para el egoista el amor á la patria y á sus deudos, los deberes sagrados de la amistad, los padecimientos ajenos, las virtudes sociales, que requieren desprendimiento, abnegacion y heroismo, son objetos de escarnio ó nombres vanos, por-

que perjudican lo que él llama su comodidad é interés. El egoista, en fin, es muy perjudicial á la sociedad, y podemos compararlo á las yerbas parásitas, que adquieren fuerza y lozanía absorbiendo toda la nutricion, que la tierra prodiga á las demás plantas.

Los jóvenes no adolecen muy á menudo de esta pasion ruin y antisocial, pero los ancianos suelen abandonarse al egoismo: fenómeno muy ordinario y cuyos motivos espon-dremos mas adelante.

Pero en atencion á que el amor de nosotros mismos puede fácilmente degenerar en egoismo, los sábios legisladores no deben nunca perder de vista, que el mejor modo de debilitarle consiste en sancionar y establecer leyes, que hermanen con lazos indisolubles los intereses individuales con el bien público. Los griegos y romanos en los tiempos primitivos de sus repúblicas, y cuando la corrupcion de las costumbres no habia echado aun en ellas hondas raices, á este poderoso recurso debieron principalmente sus hechos heroicos, sus prodigiosas empresas militares y sus victorias.

Aunque todo lo que va consignado ya, prueba terminantemente que el egoismo es uno de los vicios mas repugnantes y perjudiciales, no queremos dejar de advertir en esta circunstancia, que el egoista acabará siempre por convertirse en objeto de odio, aun cuando sea mucho su disimulo y se esfuerce en ocultar el vicio que le domina. Aquella expansion de afectos, aquella indole sociable, aquella franqueza, que dan realce y brillo al carácter de un hombre, que manifiesta su mucho deseo de ser útil á los demás, y que son comparables en un todo á un anuelo dorado, que atrae la benevolencia y las voluntades ajenas, no pueden tener cabida en el corazon del egoista. Este hombre despreciable, que lo pospone todo á la satisfaccion de sus placeres y caprichos, procurará evadirse de los compromisos mas amistosos y juzgará una carga insoportable los servicios mas leves, la cortesía, las conveniencias sociales, la comiseracion: y todas las virtudes en general son para el egoista nombres vanos. Si un desventurado, acometido por la desgracia y sin recursos, se dirige á su casa, le cerrará la puerta, porque prefiere su codicia en guardar el dinero á todo acto de generosidad (1). Si un enfermo necesita su asistencia, el egoista se niega, porque prefiere su descanso al alivio del que padece.

Si ahora no queremos perder de vista, que todas las virtudes sociales, como dice el célebre Melchor Gioja, tienen puntos de contacto muy inmediatos con las reglas de la buena crianza y una educacion esmerada, podemos afirmar desde luego, apoyados en la experiencia, que todos los egoistas se distinguen por cierta rudeza, que causa tedio, y que está en abierta contradiccion con lo que la sociedad exige. Un escritor inglés de gran fama, llamado Chesterfield dice: «El corazon de un hombre necesita manifestarse á los demás, si anhela ser apreciado, y un buen carácter afable y generoso es el medio mas oportuno y fácil para conseguirlo: los que no lo posean, acabarán por ser detestados por el mundo entero.»

Pero el egoismo, esta pasion tan vituperable ¿de dónde

(1) Véase el curioso diálogo entre un moribundo y un sepulturero insertado en nuestra obra titulada: *El nuevo Juanito*. En este diálogo está pintado á grandes rasgos al verdadero carácter de los avaros.



trae origen? ¿y por qué domina mas á los viejos que á los jóvenes? Vamos á explicarlo con precision y brevedad.

Casi todos los hombres viven en el lastimoso engaño de que los bienes materiales, y aun mas las riquezas, que son el medio único de adquirirlos, pueden proporcionarles una verdadera felicidad. Los jóvenes, que están todavía en el abril de sus años, no se separan de esta idea; pero agitados de pasiones encontradas, como el amor al bello sexo, los festejos ruidosos, las tertulias muy concurridas, los espectáculos teatrales, el galanteo propio de una edad muy verde, el anhelo de hacer un papel airoso al lado de sus émulo y compañeros, la necesidad de granjearse la benevolencia de los demás para ensanchar el círculo de sus relaciones y conocimientos, y otras cosas por el mismo estilo debilitan la fuerza del egoismo. Los jóvenes, pues, son mas bien generosos y pródigos, de un carácter fácil, pronto y expansivo, que egoistas y avaros. Los ancianos, por el contrario, que han perdido todas las ilusiones con que brinda el mundo, que desconfían de todos por haber servido de blanco mas de una vez á la alevosía y perfidia de falsos amigos; los ancianos, que no buscan ni desean contraer nuevas obligaciones, oprimidos por la carga de los años; los ancianos, en fin, que lo posponen todo á las comodidades de la vida y al reposo, se inclinan con frecuencia al egoismo y á la avaricia, su compañera inseparable, tanto porque creen que pueden necesitar algun día recursos mayores, como porque, siendo muy conatural á todas las criaturas humanas depositar en algo sus afectos y deseos, los ancianos que no disfrutaban ya de los placeres propios de la juventud, se entregan á la codicia de acumular tesoros.

Pero ¡ay de los hombres, que suponen equivocadamente, cualquiera que sea su edad y condicion, que puede llegarse á obtener en este mundo una felicidad completa, que para llenar tamaño objeto basta la adquisicion de los bienes materiales que mas deseamos, y que sin ellos nos quedaremos siempre sumidos en el infortunio! La fábula oriental, que vamos á narrar titulada: LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ. Desmiente bajo el velo de la alegoría este error pernicioso y mezquino.

Abimalek-Aben-Husseyr era un rey de la Arabia, á quien Mahoma y la fortuna habian prodigado inmensos dones; sus vasallos eran príncipes opulentos y poderosos, y su trono estaba rodeado de cortesanos y millares de esclavos, que portaban entre sí para cantivarse el afecto de su señor, ejecutando todas sus órdenes y sirviéndole con esmero. Estaban poblados sus establos de camellos y dromedarios, y era muy diestro en cazar tigres y leones. Vivía en un suntuoso palacio hermoso de amenos jardines, que abundaban en árboles frutales, y las flores de este nuevo Eden embalsamaban con sus esencias olorosas la atmósfera. Muchas colinas revestidas de un perpétuo verdor, recreaban la vista y parecían el último término de un gran panorama, que se perdía en lo vasto del horizonte. En estos jardines habia estanques poblados de peces, cuyas escamas relucientes reflejaban con brillo los rayos del astro alumbrador del día; y los pajarillos, que le saludaban con sus arpadas lenguas al romper el alba, le despedían con sus cantos melodiosos cuando llegaba al ocaso. Una brisa suave y voluptuosa agitaba al caer de la tarde las hojas de los árboles, que parecían decir con ligero murmullo: «Abimalek, sé feliz: tus odalis- cas te adoran, te idolatran, y en el paraíso de Mahoma te

esperan sesenta mil vírgenes que te prodigarán sus encantos por sesenta mil años (1).»

Pero el rey de Arabia pasaba su vida sumido en dolores y amarguras: una tristeza, cuya causa todos ignoraban, postraba cada día mas sus fuerzas. Se mandaron venir médicos de Babilonia, magos de Egipto, brujos y hechiceros; pero nadie supo adivinar la causa del mal ni sugerir remedios. Entonces se presentó en el palacio de Abimalek un derwich cargado de años, cuya barba canosa, que le cubría el pecho, su calva propia de la vejez, y el báculo en que se apoyaba inspiraban respeto y veneracion. El derwich le dijo con voz trémula: «Señor, tu enfermedad es una afeccion moral y un castigo de nuestro profeta por los desmanes de tu juventud; pero en su misericordia te ha perdonado, y te revela por mi boca, indigno musulman, que se disipará la pertinacia de tu mal poniéndote la camisa del hombre feliz. Ordena, pues, á cuatro de tus cortesanos mas adictos á tu persona, que recorran toda el Asia, que traigan la camisa del hombre que vive sin pesares en la paz y en la inocencia.» El monarca abrazó repetidas veces al derwich y ordenó á cuatro príncipes de su vasto imperio, marchasen en busca de la camisa milagrosa, llevando consigo cincuenta camellos cargados con aloe, mirra, incienso, tapices de Persia, telas de la India, oro y plata para regalar todos estos objetos preciosos al hombre feliz, que le proporcionara la deseada camisa.

Los príncipes recorrieron ciudades y aldeas, preguntando á los que aparentaban mas riqueza y alegría, si eran dichosos; pero la respuesta era siempre uniforme. «¡Ah! decia cada cual, estoy abrumado de pesares, una suerte cruel me persigue, y la risa que se asoma á mis labios es muy engañosa.» Finalmente, los príncipes, frustrados en sus esperanzas, tomaron nuevamente el camino que conducía á la Arabia, afanosos y tristes, como un perro que ha perdido las huellas de un gamo ó de una liebre, en cuyos delicados miembros esperaba clavar el diente para recibir en cambio caricias y halagos del cazador su amo. Habian recorrido ya buen trecho de camino, cuando tropezaron con un hombre que labraba la tierra: su cara tostada del sol, el sudor que surcaba su frente y sus mejillas, los andrajos que le cubrían el cuerpo, manifestaban dolor y miseria. Los príncipes, con ánimo tal vez de darle una limosna, le dijeron: «Pobrecillo, ¿cómo vives agobiado de trabajos y amarguras.» El campesino contestó con noble desenfado: «Esto no es cierto, el trabajo dá mas fuerza á mis miembros robustos y un honrado sustento á mi familia; yo no deseo mas de lo que tengo y me juzgo muy feliz.» Apenas habia desprendido de sus labios estas últimas palabras, cuando los príncipes, llenos de alegría, le cogieron con violencia y le rasgaron los vestidos para apoderarse de su camisa; pero el hombre feliz no tenia camisa.

Esta hermosa alegoría oriental nos revela que buscamos en vano una plena felicidad en este valle de miserias, que el ocio, la ambicion y las riquezas no son los medios mas eficaces para lograr la dicha que deseamos, y que el trabajo, la pureza de las costumbres, el amor á nuestros semejantes y un honrado sustento, dan al hombre aquella tranquilidad de espíritu que el egoísta y el avaro desconocen.

SALVADOR COSTANZO.

(1) V. el Corán.



## LA HIJA DEL CURANDERO.

(Conclusion.)

## VII.

## LA CARCEL.

Supérfluo es decir que la pobre Teresa no durmió en toda la noche y desde las primeras horas del día siguiente corrió á visitar á su padre. Este, con aire risueño y filosófico procuraba engañar á su hija asegurándola que se hallaba muy bien allí. Aunque en los días sucesivos procuró

ocultar igualmente su pesar, se revelaba su malestar en su rostro y todo hacia creer que prolongándose su prision pudiese caer gravemente enfermo.

Teresa se presentó al tribunal á pedir el indulto del anciano curandero y encontró en él generosas simpatías ofreciéndole el indulto á condicion de que se obligase á no ejercer mas la medicina.

Contentísima marchó á la cárcel Teresa, la que abrazando á su padre le dijo que le traía la libertad.

No pudo el anciano contener un grito de alegría.

—Únicamente, replicó la hija, han impuesto una condicion.

—¿Qué condicion?

Con toda clase de rodeos y miramientos se la esplicó Teresa,



Viaje de Teresa en busca del cura de Nuestra Señora del Valle de Gracia.

—¡Jamás! respondió enérgicamente el curandero. ¡Jamás! quiero conservar mi derecho. Es un secreto que he heredado. Todo lo mas que puedo prometer es no buscar las ocasiones; empero rehusar mis cuidados cuando vengan á llamarme y cuando supliquen los dé gratis, que no cuenten conmigo. Yo me debo á los que son pobres y padecen.

Por mas que Teresa lloró, rogó y suplicó no pudo vencer la obstinacion del anciano.

La pobre niña anegada en lágrimas volvió á ver á los jueces y les contó el mal éxito de su tentativa.

Todavía el tribunal por complacerla le aconsejó que sacase una certificacion del médico de la cárcel sobre el mal estado de la salud de su padre y que los demás médicos firmasen una peticion en su favor.

El médico de la prision certificó, desde luego la verdad; pero en cuanto á la peticion era casi un negocio personal con el doctor Caubin, á quien el abogado del curandero ha-



bia maltratado de un modo terrible en la defensa. Era, pues, preciso que éste firmase el primero para obtener la firma de sus demás compañeros.

Aterraba á Teresa el terrible nombre de Caubin, pero como se trataba de la salvacion de su padre resolvió acometer osadamente la aventura.

A haberlo sabido el curandero hubiera preferido una prision perpétua á implorar el perdon del doctor Caubin.

### VIII.

Para que su padre no sospechase nada y necesitando el ir á su pueblo se valió oportunamente Teresa de una carta que recibió en que decía se necesitaba su presencia para hacer algunas obras en la hacienda de su padre, y así no tuvo necesidad de mentir, sino de enseñarle la carta. Veía además el pobre hombre en aquella marcha una especie de tregua á la penosa necesidad en que se veía de reprimirse para disimular sus pesares. Despidiéronse padre é hija tiernamente, y Teresa se dirigió á ver al cura del santuario de nuestra Señora del Valle de Gracia, hombre muy respetado en el país, que la quería mucho y que suponía tendría gran influencia con el doctor Caubin.

Este ofreció acompañarla y presentarla él mismo al doctor Caubin, aunque receloso de que no hiciese gran caso de su recomendacion.

La hizo prometer que al día siguiente vendría á tocar el órgano en una misa que debía oír una señora á la que presentaría á Teresa, y que podría serle mas útil que él con el doctor Caubin, despidiéndola afablemente hasta la mañana siguiente.

Teresa salió de allí con el alma confortada y toda llena de esperanzas.

Al llegar al pórtico del presbiterio encontró su mirada la gran cruz de piedra que domina la terraza. En aquel instante los últimos rayos del sol la rodeaban de una ardiente aureola. Considerando aquél signo como de un feliz presagio, Teresa fué á arrodillarse al pié del calvario.

Con las manos juntas, los labios entreabiertos como en éstasis, levantó sus grandes ojos negros hácia los brazos de la cruz. Jamás había estado mas linda y encantadora.

De repente, al levantarse descubrió á un jóven desconocido que la contemplaba con involuntario asombro, con sencilla admiracion.

Toda confusa se apresuró á dirigirse á la tartana donde la aguardaba su criado, y á buen paso encaminarse á la casa de su padre, en donde entró con gran tristeza por la ausencia de éste.

Mientras todo era pesar en la casa del curandero todo era alegría en la casa del doctor Caubin.

Era este rico, y acababa de recibir precisamente en aquel día á su hijo Pascual, jóven completo, de educacion sólida, alma honrada, y lo que es mas raro todavía, modesto, que volvía de París de haber recibido el título de doctor. Este jóven era el que había visto á Teresa en la terraza del santuario de la Virgen de Gracia, y se había propuesto volver allí por si lograba ver por segunda vez á aquella lindísima jóven, que cual una celeste vision había visto aparecer y desaparecer en un momento al pié de la cruz.

A la mañana siguiente el padre y el hijo montaron á caballo, el uno, para hacer sus visitas y el otro para dirigirse

á la capilla de Nuestra Señora de Gracia. Al pasar por delante del calvario el jóven no pudo por menos de echar una mirada á la cruz en recuerdo de la hermosa desconocida de la tarde anterior.

En las humildes y modestas capillas objeto de las peregrinaciones de los aldeanos y de los pescadores, la misa tiene una cosa imponente que por su interesante sencillez conmueve deliciosamente las almas piadosas.

Grande y sincera era su emocion cuando de repente bajo aquellas rústicas bóvedas se alzó la voz del órgano.

El órgano tocado por hábiles manos tiene un encanto indecible. Así es que sintió su alma un éstasis celestial volviendo á cada momento la cabeza por ver si descubria al invisible artista.

Grande fué su asombro cuando preguntando por él al cura le presentó este á la incógnita del calvario.... á Teresa. Bajo la impresion de los sentimientos que la agitaban al tocar el órgano se había escedido á sí misma. Era la ferviente oracion de su piedad filial, era su alma toda entera la que por la voz del melodioso instrumento se había elevado al cielo.

Grande fué la emocion de Pascual Caubin, y fué mayor cuando á invitacion del cura contó Teresa la interesante historia de su padre. Ofrecióse él á obtener la firma de éste, y la señora por quien se había dicho la misa, que tenia gran influencia con el médico, no quiso ceder á nadie el placer de presentarla, quedando en llevarla en casa de Caubin aquella misma noche.

### IX.

#### LA CATASTROFE.

Por la noche se presentaban en la casa del médico Caubin la señora y el cura, acompañando á su interesante protegida.

Aquella casa, de ordinario tan risueña, tan tranquila, tenia un aspecto siniestro y de mal agüero. La verja del jardín se hallaba abierta; veíanse silenciosos grupos y á la puerta una camilla. Los criados corrían de acá para allá turbados y cual si hubiesen perdido la cabeza.

De pronto se presentó en la puerta muy agitado y muy pálido Pascual Caubin, y con un gesto despidió á los amigos que parecían haber aguardado noticias.

Y respondiéndoles en voz baja, los acompañó hasta la verja.

Después de haberle estrechado la mano con un aire de conmiseracion mas ó menos cordial, se retiraron.

Ya el jóven médico volvía para entrar en la casa, cuando vió á la señora, al cura y á Teresa, y cubriéndose el rostro con las manos y con voz sofocada por los sollozos, refirió á la señora que su padre había dado una caída terrible del caballo y se había roto una pierna.

La señora quiso verle, y Pascual condescendió en ello.

—Señor Pascual, preguntó tímidamente Teresa; ¿es muy peligrosa la fractura?

—¡Ay, señora mia!.... ¡mucho lo temo!.... Mi padre tiene la idea fija de que hay que cortarle la pierna.... y quiere que sea yo el que haga la operacion.... de pensarlo solo, me muero.

—Señor Pascual, replicó la jóven; pido á vd. perdon por



lo que me voy á atrever á decir; pero en mi familia es un principio tradicional de que, fuera del caso de herida por arma de fuego, no es necesaria la amputacion.

Asombrado Pascual, miró á Teresa.

Afirmaron su dicho el cura y la señora, y animada Teresa con aquella doble aprobacion, preguntó á Pascual la naturaleza de aquella fractura. Pascual respondió:

—No tendré necesidad de recurrir á términos científicos. Una palabra de mi padre bastará: «es, acaba de decirnos, una fractura igual á la del tío Leday.»

—Pues bien, dijo esta; esa fractura mi padre y yo la hemos reducido..... y, gracias á Dios, el tío Leday anda como antes.

El anciano sacerdote habia alzado los ojos al cielo. En su mirada podia leerse este pensamiento:

—¡Dios mio! ¡vos permitís estas cosas para humillar el orgullo ante la sencillez de la fe.

Teresa replicó:

—¿No podré yo verlo, para enterarme exactamente?....

—No, exclamó inmediatamente el jóven; eso es imposible.

La señora y el cura le interrumpieron, haciéndole ver que no debía rehusar tal vez aquel inesperado socorro que le enviaba el cielo.

—Sea, respondió al fin Pascual, á quien sobre todo habia convencido la mirada de Teresa. Acepto; pero, conocéis á mi padre..... es preciso obrar con mucha prudencia. Voy á darle un calmante, y cuando esté alestado vendré á buscarlos.

Adoptado este arreglo, el hijo se volvió á la alcoba de su padre, y los demás continuaron paseando por el jardin. Al cabo de una hora vino á buscarlos el hijo.

El doctor Caubin estaba tendido en un sofá en su gabinete; dormía profundamente. Cogió un candelero Pascual, y acercó la luz á la pierna rota que habia dejado descubierta.

La hija del curandero se arrodilló cerca del sofá, examinó detenidamente la fractura, pasó por ella sus blancas é inteligentes manos, y levantándose despues de repente con la alegría contenida de una plena conviccion, dijo:

—Si os dignais ayudarme, señor Pascual, el doctor Caubin quedara tan bueno como el tío Leday..... respondo de ello.

—Pero se despertará.

—De seguro.

—Entonces, jamás consentiré.

Quedaron todos en silencio. De repente Pascual se dió un golpe en la frente, como iluminado de una súbita inspiracion.

—Me ocurre una idea. Valdrá la astucia, ya que no baste el convencimiento..... volved mañana, Teresa.... ¡y bendita seas desde ahora!

## X.

### UNA IDEA DE PASCUAL.

A la mañana siguiente hallábase Pascual sentado al lado de la cama de su padre, y le decia:

—Tengo esperanza de que no hay necesidad del extremo recurso de la amputacion.

—Lo que quiere decir, que tú te crees mas fuerte en me-

dicina que yo.... Ya se ve, yo no soy mas que un simple oficial de sanidad, y tú todo un doctor.

—No es únicamente la opinion de vuestro hijo, padre mio.... ésto tambien del doctor Berthot que ahora está en Lisieux, y á quien he hecho llamar por el telégrafo.

—¿Con que no tienes confianza en tu talento para este caso, y recurres al de otro?

—Por salvaros, padre mio, sacrificaría con gusto mi orgullo; apelaría á todos los médicos de la tierra, y si esperaba mejor resultado, hasta los empíricos mas hábiles..... hasta los simples curanderos.

—Como el tío Santiago, ¿no es esto? No, y mil veces no, y prefiero antes que me corten los cuatro miembros, á darme la alegría de este triunfo.

Pascual juzgó inútil insistir mas en esta peligrosa senda, y se apresuró á contestarle:

—No se trata del curandero, sino del doctor Berthot. Esta noche, cuando estabais dormido, ha examinado la fractura,

—Luego ¿está aquí?

—Sí.

—Que venga inmediatamente.

—Ahora no puede ser, necesitaba descansar; está durmiendo.

En esto únicamente mentía Pascual. Habia hecho llamar al doctor Berthot, pero lo esperaba todavía.

—Dejémosle dormir, dijo el médico; pero en despertando comenzará la operacion. Tengo ganas de que concluyamos. Lo que sí te prevengo, es que consiento en que te asista; pero, óyelo bien; la operacion me la has de hacer tú mismo.

—Estamos de acuerdo, padre mio; es un derecho que reclamo, y que cumpliré con orgullo; pero.....

—¿Qué peros?

—Os confesaré que temo vuestra mirada.....

—¿Qué quieres decir con eso?

—En los hospitales..... y eso vale mas..... se adormece á los enfermos antes de operarlos.

—¡El cloroformo! ¡Me tomas por un gallina! ¿Se pensaba en el cloroformo en las grandes campañas del Imperio? Entonces se cortaban á centenares las piernas y brazos, y se cortaban á gentes bien despiertas que se sonreian al mal, y que fumaban tranquilamente en su pipa..... ó en el último momento gritaban ¡viva el emperador! Con Caubin..... ¡caramba! es un veterano de la Guardia, y hará como ellos..... ¡no es un cobarde!

Estremeciése el pobre Pascual de pies á cabeza. Y con miedo de no conseguir nada, reuniendo todo su valor le dijo:

—Burlaos de mí si quereis; pero yo no tengo ese temple heroico de alma.... Os lo repito; si veo vuestros ojos fijos en mí, temblará mi mano.

—¿Tendrás intencion de que me los saque?

—No señor; pero una venda.....

—¿Una venda?

—¡Os lo suplico en nombre de mi valor, que desfalleceria tal vez..... en nombre de vuestra propia salvacion, en nombre de mi madre!

Juan Caubin se conmovió y dijo:

—Imposible es negarte nada; ¡vaya por la venda!.... ¡buena ocurrencia!.... voy á parecerme al Amor á quien componen una pata rota.



En aquel momento en que había logrado sus deseos, Pascual oyó un ligero ruido al lado del salón.

—Voy á despertar á Berthot, dijo vivamente abrazando á su padre.

En efecto, el doctor Berthot acababa de llegar, y Pascual á los pocos minutos le enteró de todo. Celebró Berthot la

invencion, y deseoso de conocer el pretendido secreto del curandero cuya fama había llegado hasta él, aprobó lo hecho. Además, la vista, las palabras de la jóven, acabaron de ganar prontamente su corazón.

—Vamos, dijo entonces á Pascual; vamos á tomar una leccion de curanderos.



Teresa al pié de la cruz es observada por Pascual.

Después de algunas instrucciones preliminares, los dos médicos jóvenes penetraron en el despacho donde estaba Teresa, dispuesta á seguirlos á la primera señal.

Como la víspera, acompañaban á Teresa la señora y el cura.

Nada más cordial que el recibimiento que les hizo Juan Caubín. Chancéose de la singular imaginación de su hijo y se dejó dócilmente vender los ojos.

Inmediatamente Pascual fué sin ruido á abrir la puerta del despacho.

Entró Teresa provista de todos los objetos conformes á la fórmula paterna.

Púsose inmediatamente á trabajar secundada por los dos jóvenes doctores, que uno y otro admiraban su experiencia, su destreza, su prontitud verdaderamente maravillosa.